

# EL ANTICRISTO: DOS MIRADAS

AZUCENA ADELINA FRABOSCHI  
*Universidad Católica Argentina*

## Resumen

En este artículo se trabajan un texto de comienzos del siglo XV español: *Libro del conocimiento del fin del mundo*, y la visión undécima del libro tercero de *Scivias*, de la abadesa alemana Hildegarda de Bingen, del siglo XII, a propósito de la figura del Anticristo. La inclusión de este segundo trabajo se debe a que su autora es citada por el primero como una de sus fuentes, a pesar de ser más notorias las diferencias que las semejanzas entre ambas consideraciones.

## Abstract

This article deals with a text from the beginning of the spanish XV century: *Libro del conocimiento del fin del mundo* (in English: *Book of the Knowledge of the end of the world*) and the eleventh visión of the third book of *Scivias*, from the german abbess Hildegarda de Bingen, from the XII century, with regard to the Antichrist figure. The inclusión of this second work is due to the fact that the author is mentioned in the first one as one of its sources, in spite of that the differences between both considerations are more remarkable than their similarities.

## Palabras clave

Anticristo – escatología – Hildegarda de Bingen – profetismo medieval – Apocalipsis

## Key Words

Antichrist – eschatological – Hildegard of Bingen – medieval prophecy – Apocalypse





Cuando nos abocamos al estudio de la vida y sus diversas manifestaciones culturales en la Edad Media, y más específicamente en sus últimos siglos, no podemos dejar de lado la fortísima presencia y peso del tema apocalíptico: los últimos días de la Humanidad, la venida del Anticristo y el fin del mundo. La literatura al respecto es abundante y parte de diversas consideraciones: históricas, sociológicas, religiosas, teológicas... Nuestro trabajo se ceñirá a la figura del Anticristo. Luego de delinear la presentación que de la misma hace un autor anónimo cuyo escrito dataría del primer cuarto del siglo XV (*Libro del conocimiento del fin del mundo*)<sup>1</sup> –de muy difundida lectura en la Península Ibérica, y particularmente en la Castilla de ese tiempo–,<sup>2</sup> veremos el tratamiento que mereció por parte de la abadesa alemana del siglo XII, Hildegarda de Bingen, en una de sus obras.

Y tal vez debamos comenzar por dar razón de la inclusión de la abadesa de Bingen. El propio *Libro del conocimiento...* nos la proporciona, cuando refiriéndose a la posibilidad de conocer el fin del mundo, y las señales que lo anunciarán, da cuenta de la divina revelación a los varios que enumera, y dice:

<sup>1</sup> *Libro del conocimiento del fin del mundo*. En: J. GUADALAJARA MEDINA, *Las profecías del Anticristo en la Edad Media*, Madrid, Gredos, 1996, pp. 443-463.

<sup>2</sup> En todo lo referente al tema del Anticristo en el Medioevo, y más concretamente, en el Medioevo español, y para un profundo estudio de los textos citados, véase GUADALAJARA MEDINA, *Op. cit.*

“E sant Johan en el Viejo Testamento, e Zacharías, e Daniel, e muchos otros prophetas, e la Sibilla,<sup>3</sup> e después lo rreveló Dios a sant Francisco e ha Metodí mártir,<sup>4</sup> e a sant Idegardis<sup>5</sup> e a sant Ciril<sup>6</sup> en el desierto de Egipto [...]”<sup>7</sup>

No son los únicos; antes ha mencionado a san Pablo, san Mateo y san Lucas, y luego vendrán el franciscano Juan de Roquetaillade (Ru-

<sup>3</sup> La Sibila mencionada por el texto que nos ocupa es el nombre genérico con el que se conocen los *Oráculos Sibilinos*, textos compilados en el siglo IV, de gran presencia en la Europa medieval, siendo uno de sus principales canales de transmisión san Agustín de Hipona en su tan leída obra *La Ciudad de Dios* (18,23), donde aparece el terrorífico acróstico que profetiza los últimos tiempos, el fin del mundo y el juicio final, aunque no hay mención del Anticristo.

<sup>4</sup> Metodio mártir, o Pseudo-Metodio (finales del siglo VII), es otro de los muy difundidos autores sobre los tiempos postreros, cuyo libro *Revelaciones* suele ir unido a las profecías de la Sibila Tiburtina y a la obra de otro autor apocalíptico: Adso de Montier (siglo X). Metodio trata la presencia del Anticristo, y su exposición será retomada y desarrollada por diversos autores medievales. San Metodio lo llama el texto que presentamos, por cuanto el libro *Revelaciones* se atribuye a un mártir de los siglos III-IV, de ese nombre. Obispo de Olimpo, enfrentó a Orígenes por sus opiniones, refutó la obra de Porfirio contra los cristianos, y sufrió el martirio hacia el año 311.

<sup>5</sup> Hildegarda de Bingen es una abadesa alemana benedictina del siglo XII, fundadora y autora de diversas obras, de gran predicamento en su tiempo y en los siglos posteriores. Trata el tema del Anticristo en dos de sus obras: *Scivias* (Conoce los caminos del Señor), en la undécima visión de la tercera parte, y *El libro de las obras divinas* (*Liber divinorum operum*), en la quinta visión de la tercera parte. Su pintura del Anticristo, principalmente la que presenta en *Scivias*, fue motivo de inspiración para la literatura apocalíptica de los siglos posteriores, y no pocas veces con la cita expresa de su nombre, como es el caso del texto que nos ocupa.

<sup>6</sup> San Cirilo fue el tercer prior general de los carmelitas, a quien un ángel habría entregado dos tablas de plata escritas con caracteres griegos que él debería traducir; Cirilo se las habría dado a Joaquín de Fiore, haciéndose ambos portavoces del anuncio divino sobre el fin del mundo. En el texto que motiva estas líneas, su autor introduce algunas variantes entre las que se cuenta el hecho de que Cirilo habría remitido la profecía a Joaquín “porque fray Johan de Rrocacisa fueçe testigo de toda la manera cómo fue esta revelación”. (GUADALAJARA MEDINA, *Op. cit.*, p. 446). Esta afirmación es un claro recurso al argumento de autoridad con el que se pretende avalar el mensaje a comunicar.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 446.

pecissa, Rocaçisa, Peratallada),<sup>8</sup> el dominico Vicente Ferrer,<sup>9</sup> Joaquín

<sup>8</sup> Juan de Roquetaillade (o Johan de Rocasçisa, †1365) fue un fraile franciscano cuyos escritos, que en más de una ocasión lo llevaron a la cárcel, tuvieron un peso decisivo en la literatura apocalíptica europea, e hispana especialmente. Su interpretación de la Biblia y de los textos proféticos de su tiempo tienen como protagonista principalísimo al Anticristo (uno, o varios). Aunque algunas de sus obras se han perdido, quedan entre otras, el *Comentario al Oráculo del bienaventurado Cirilo y Vade mecum in tribulatione* (*El libro de las tribulaciones*, versión hispana datada unos cien años o tal vez menos después de la publicación original, y que modifica en consecuencia la cronología de los hechos que aún no se habían verificado según lo anunciado por el autor), de cuya repercusión dan fe las muchas copias y traducciones a otros idiomas. En la primera de estas dos obras se refiere a varios Anticristos y entre ellos uno, que aparecerá en 1365, previo padecimiento de grandes tribulaciones en el mundo; en la segunda habla de dos: el Anticristo oriental y el occidental. A esta aparición sucederá un período de mil años, en que reinarán la justicia y la paz; luego sobrevendrá el tremendo y definitivo final.

En cuanto a su concepción del Anticristo –y dado que con ese término se designaba a veces a todo hombre pecador y activamente opuesto al Mesías, otras veces a una persona concreta (monarca o bien Sumo Pontífice, contemporáneo o futuro), y finalmente a la Iglesia, ya no santa sino caída en la perversión de la infidelidad y la depravación de las costumbres–, cabe decir que para Roquetaillade era tan concreto que, descartando la interpretación tradicional inspirada en el *Libro del Anticristo*, de Adso de Montier (s. X), que lo hacía judío y descendiente de la tribu de Dan, su Anticristo máximo sería descendiente del emperador alemán Federico II y del rey Pedro III el Grande, de Aragón (ambos también considerados Anticristos), y moriría hacia 1370. (GUADALAJARA MEDINA, *Op. cit.*, pp. 168-171).

<sup>9</sup> Vicente Ferrer, fraile dominico (siglos XIV-XV) inicia su predicación apocalíptica a partir de una visión habida en 1398, y la centra en la inminente venida del Anticristo –quien ya habría nacido hacia 1403– y la destrucción del mundo. En sus primeros sermones de este tenor caracteriza al Anticristo, nacido de una ramera, como un hombre de presencia atractiva, dotado de gran poder, y capaz por ello de engañar al pueblo cristiano para conseguir su perversión primero, y su perdición después. Reinará durante tres años y medio hasta su muerte, y luego de cuarenta y cinco días, el mundo llegará a su fin. Pero en el sermón “He aquí que ha sido puesto para la ruina” (*Ecce positus est hic in ruinam*, 1416), y en tiempos del cisma que duró desde 1378 hasta 1417 menciona dos Anticristos: uno mezclado o mixto, y puro el otro, pudiendo suponerse que el primero se refiere a algún personaje de su tiempo, y de esa circunstancia, y sería obra del hombre antes que del demonio. De todas formas y una vez más encontramos la tendencia a fijar la hora del Anticristo y a encarnarlo en personas históricas concretas.

de Fiore<sup>10</sup> y Francisco Eiximenis,<sup>11</sup> nombres todos de gran vigencia en diferentes momentos de la literatura apocalíptica medieval. Tales son las fuentes que refiere el anónimo autor del *Libro del conocimiento del fin del mundo*. En punto a la presentación del Anticristo, las posiciones de dichas fuentes son: a) o hay un solo Anticristo, o bien son varios; b) o es históricamente identificable con un personaje determinado, o es absolutamente desconocido; c) o es de ascendencia judía, y más propiamente de la tribu de Dan, o no lo es; d) o es de seductora apariencia, o bien es aterrador; e) en cualquier caso, es un instrumento diabólico; f) habitualmente guarda un antitético paralelo con Cristo. Veamos ahora cómo lo considera el documento que nos ocupa.

Comienza afirmando la posibilidad de conocer el fin del mundo y, citando a Vicente Ferrer, dice que según el cálculo de los tiempos ya debiera haber venido el Anticristo, y debiera haberse cumplido el fin del mundo, lo que no ha sucedido en virtud de la intercesión de la Santísima

<sup>10</sup> El abad calabrés Joaquín de Fiore (siglo XII), quien con su obra (*Exposición sobre el Apocalipsis; La concordancia entre el Nuevo y el Antiguo Testamento; Sobre los siete sellos*, entre otras) signó con innegable influencia los derroteros futuros de toda especulación al respecto, expone una visión apocalíptica de la historia según un esquema trinitario: el tiempo del Padre, desde la creación hasta la encarnación del Verbo; el tiempo del Hijo, desde Cristo hasta su siglo; y el del Espíritu Santo, que es el último tiempo de la Humanidad, comenzado a partir de entonces y signado por la presencia del Anticristo. Con respecto a éste, parece referirse a dos Anticristos: uno de carácter político y religioso el otro, considerados en paralelo con las dos venidas de Cristo: así como la primera, la de Su encarnación, fue oculta a los ojos de los hombres, así el demonio secretamente se apoderará de su elegido, el primer Anticristo. Y como gloriosamente revelada será la segunda venida del Hijo de Dios, al fin del mundo y para juzgarlo, así entonces se manifestará abiertamente el demonio en su segundo Anticristo. En ambos casos se trata de personajes reales, y no de categorías simbólicas.

<sup>11</sup> Francisco Eiximenis (segunda mitad del siglo XIV y comienzos del XV) es un teólogo franciscano muy preocupado por los aspectos sociológicos, religiosos y doctrinales de la vida de su tiempo, autor del *Primer libro del Cristiano*, *Segundo libro del Cristiano*, del *Libro de los ángeles* y una *Vida de Jesucristo*, libros en los que se encuentra su pensamiento escatológico, carente de tremendismos y de la fijación de fechas concretas e inminentes. En cuanto al Anticristo, será de la tribu de Dan, hijo de un incesto, nacido en Babilonia y, según leemos en Guadalajara Medina, “destaca su belleza de cuerpo y altura; es liberal, agradable, amistoso, dotado de bienes de fortuna, conocedor de las ciencias y de las artes, muy razonable y gran filósofo. Será experto en artes mágicas y en alquimia, poseedor de los secretos de la naturaleza y estará capacitado para obrar milagros. Junto a estas cualidades, aparecen su enorme soberbia, avaricia, falsía y lujuria”. (GUADALAJARA MEDINA, *Op. cit.*, p. 210).

Virgen. A continuación, y reproduciendo un esquema tradicional, enumera y explicita las siete edades del mundo, siendo que en realidad en la sexta –que comienza con la Natividad de Cristo– el mundo termina, y la séptima sobreviene después del juicio final. La sexta se divide en lo que llama siete estamentos de la Iglesia, de los cuales el sexto corresponde al tiempo de la fundación de los órdenes mendicantes, y aquí se inserta el motivo de la compasión de la Madre de Dios: “[...] que, si mir[a]s los susodichos de sant Vicente Ferrer, conocerás que ya son acabadas, porque ya los rreligiosos no te[m]en ne andan ya verdaderamente como deven en sus órdenes, de que podemos dezir: *a fructibus eorum cognocetis eos*”.<sup>12</sup> Esos frutos, lo que debieran mostrar y no lo hacen, están propuestos en una lista de veintidós virtudes, que a *contrario sensu* dan noticia del estado calamitoso del clero, de los religiosos y también de la jerarquía eclesiástica de su tiempo. De allí en más se aboca a dar las señales por las que se reconocerá llegado el fin del mundo, y es aquí donde hace la cita de sus fuentes, a las que llama mensajeros de Dios que dieron a conocer dichas señales. Y finalmente llegamos a la venida del que llama “Antecristo postrero”.

Llama al Anticristo con varios nombres –siguiendo a *Zacarías* 11,15-17–, cuyo sentido explicita. Así, se dice *pastor* porque parecerá regir ovejas, pero será un mal pastor que no las cuidará en manera alguna, sino que las precipitará en la perversión; *ídolo*,<sup>13</sup> porque no pastorea, es un pastor inútil, necio; *hombre lleno de grandes pecados, el hijo de perdición y de condenación, el adversario e inicuo*,<sup>14</sup> porque a escondidas comete toda clase de transgresiones –el autor lo acusa de sodomita– y se verá condenado a los peores tormentos del infierno; porque se opone al verdadero vicario de Cristo en la tierra;<sup>15</sup> porque está lleno de odio, y sus deseos y sus intenciones son malos y siembran la injusticia; *Gog*

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 444.

<sup>13</sup> Este término aparece en la Vulgata, no así en otras versiones como la Biblia de Jerusalén, que trae *stulto pastori*, pastor necio.

<sup>14</sup> *II Tes.* 2,1-12. Con variantes del autor del texto.

<sup>15</sup> Aquí se perfila una nota de encarnadura histórica del Anticristo, que sería o un antipapa, o bien un monarca que lo apoya. Más parece referirse a un antipapa, por la nota previa de “pastor”.

y *Magog*, porque esconderá su maldad –los hombres lo creerán bueno, sin advertir la falsedad de sus obras– y seducirá con su realeza a los hombres,<sup>16</sup> que lo tendrán por Señor y besarán su mano; “*cornete*”, en referencia al cuerno pequeño que surge entre los diez de la cuarta bestia profetizada por Daniel (*Dan.* 7), el cual siempre ha sido visto como figura del Anticristo (*Dan.* 7,21-27).

*Anticristo* se llamará precisamente “*quod est contra Christo*” y su doctrina, pero también se opondrá al verdadero vicario de Cristo.<sup>17</sup> Y “dirá qu’es ffigio de Dios, e creador del cielo e de la tierra e glorioso rregidor e conservador de todas las criaturas”. En rigor de verdad, no querrá mostrarse Dios, sino semejante a Dios, porque de otra forma no lograría la adoración de todos los hombres: ni cristianos, ni moros ni judíos.

Físicamente será un hombre fuerte y gran guerrero, conquistador del mundo entero –el texto lo compara aquí con Alejandro Magno–, encumbrado sobre todas las naciones y sobre todo señorío. Reeditando la pretensión luciferina, querrá igualarse a Dios, y así se mostrará en el templo (II *Tes.* 2, 3-4), por lo que muchos, escuchando sus palabras, lo tendrán por un redentor enviado por la Divinidad.<sup>18</sup> Pero entonces perseguirá a los cristianos y prohibirá la celebración eucarística,<sup>19</sup> y sentado en el Templo dirá que él es Jesucristo, el Hijo de Dios, y no aquél

<sup>16</sup> Los reyes o caudillos Gog y Magog son figuras de toda maldad y del castigo de Dios sobre los hombres. En *Ez.* 39 Gog y Magog, derrotados y destruidos por la ira de Dios, son enterrados en la tierra de Israel; en *Apoc.* 20, después del milenio de paz que precede al último día, Satanás será liberado de su prisión, y Gog y Magog subirán a la superficie de la tierra para seducir a los santos, y entonces serán definitivamente destruidos. A su estar enterrados –esto es, ocultos– y surgir nuevamente para cumplir un designio de iniquidad por modo de seducción puede referirse la atribución de sus nombres al Anticristo.

<sup>17</sup> Véase nota 10, en la referencia de Joaquín de Fiore a un Anticristo de carácter religioso.

<sup>18</sup> Situación paralela a aquéllas en las que Jesús instruía a la gente en el Templo de Jerusalén (véase *Luc.* 19,47-48; 21,37-38; *Juan* 7,28-31).

<sup>19</sup> Véase *Dan.* 8,11. Si bien la referencia inmediata es al monarca seléucida Antíoco IV Epífanes, quien profanó el Templo de Jerusalén y prohibió el sacrificio perpetuo (matutino y vespertino) que se ofrecía en él (*Ex.* 28,38-42), habitualmente este pasaje ha sido entendido como una profecía del Anticristo, como ya abiertamente lo encontramos en el cap. 12.

que había venido hace ya tanto tiempo. Hará luego erigir una estatua que lo represente y la colocará en el Templo, para su adoración.<sup>20</sup>

El texto continúa con la enumeración de las señales por las que podrá reconocerse llegada la venida del Anticristo, donde no falta la referencia al cisma (1378-1417), que sería consecuencia de la no observancia de la santa pobreza por parte de los eclesiásticos “e, según dize sant Pablo,<sup>21</sup> que no fuesen codiciosos de honrras e rriquesas, las quales serían causa que vernía el maldito e ffijo de perdición como dize Johachim: *Hoc est Roma*, la qual rrige la Iglesia de Dios”.<sup>22</sup> Esta Roma, por una parte, es denominada Babilonia, apelando a San Pablo –cita cuyo lugar no hemos podido encontrar–; también es allí donde se reunirían siete príncipes cristianos para elegir un mal Papa, según la autoridad que trae de Joaquín de Fiore. Pero por otra parte se la menciona como la sede del Sumo Pontífice hasta la venida del Anticristo, emperador y señor superior a todo señor, que arrebatará al Papa todo poder y toda obediencia, y “a quien el Señor Jesús matará con el soplo de Su boca, y aniquilará con el resplandor de Su venida”, como dice San Pablo (*II Tes.* 2,8).

Luego el texto se aboca al cálculo del tiempo del reinado del Anticristo para, a continuación, volver nuevamente a una serie de afirmaciones que se entretujan con la realidad histórica vivida. Así, refiriéndose al cuerno pequeño del que habla el profeta Daniel (*Dan.* 8), dice que es la cuarta parte del Imperio –los latinos–, de donde saldrá el Anticristo mixto, que será el mal Papa, uno de los siete príncipes a que aludió anteriormente. El verdadero vicario de Cristo huirá, denunciado por herejía y otras abominaciones, y la jerarquía, sacerdotes, religiosos y los fieles que aún lo reconozcan serán perseguidos y condenados a muerte; se cerrarán las iglesias y se dará rienda suelta a los pecados de la carne y a todos los vicios. Pero también, y citando a san Cirilo, da la posibilidad de otro Anticristo que podría ser el más poderoso de los siete príncipes, un emperador.

<sup>20</sup> Véase la estatua de Nabucodonosor (*Dan.* 3,1-9).

<sup>21</sup> *I Tim.* 6,9-10

<sup>22</sup> GUADALAJARA MEDINA, *Op. cit.*, p. 458.

Finalmente dice que el Anticristo ya ha nacido bajo el reinado de Fernando de Aragón (1412-1416), y aduce como prueba unas glosas de Cirilo según la cual dicho rey tendría inicialmente muy buena relación con el verdadero Papa y con un predicador del fin del mundo bajo la inspiración del Espíritu Santo;<sup>23</sup> pero luego se apartaría de esa amistad para aliarse con el Anticristo mixto.<sup>24</sup> Otras predicciones de Cirilo trae sobre la situación de la Iglesia en esos difíciles momentos. Así, se refiere al cisma y a “que la nuestra santa madre Iglesia avrá III maridos”;<sup>25</sup> al Concilio de Constanza –en cuya celebración tuvo mucho que ver el emperador Segismundo–, y vuelve nuevamente sobre el tema del pequeño cuerno, mencionando ahora los diez cuernos –las diez partes del Imperio– de los cuales tres son arrancados en presencia del cornete, esto es, del Anticristo: y son los italianos, con Bartolomeo (el Papa Urbano VI); los franceses, con Pedro de Candia (Alejandro V), y los españoles con el Papa Benedicto XIII. En esto ve cumplida la profecía de *Zacarías* 11,8, “e así parese claramente que el Antechristo es ya en el mundo”.<sup>26</sup>

<sup>23</sup> La referencia es al Papa Benedicto XIII (cardenal Pedro de Luna), antipapa sucesor del también antipapa Clemente VII. Benedicto reinó entre 1394 y 1417, habiendo sido definitivamente depuesto por el Concilio de Constanza en 1415. El autor del texto lo considera el verdadero Papa. El predicador al que se refiere es Vicente Ferrer, quien también apoyó a Benedicto.

<sup>24</sup> Fernando de Aragón mudó su amistad y apoyo, a partir de 1416, cuando ante la decisión del Concilio retira la obediencia que tributaba a Benedicto XIII. Según acota Guadalajara Medina (*op. cit.*, p. 375), el rey murió antes de la elección del cardenal Otón Colonna como Martín V, de manera que su adhesión al nuevo Pontífice, considerado en el texto como un falso Papa y Anticristo mixto, es una intención que le atribuye el autor.

<sup>25</sup> GUADALAJARA MEDINA, *Op. cit.*, p. 463. Se trata de la situación planteada en el Concilio de Pisa (1409), que queriendo terminar con el cisma depuso al papa Gregorio XII –papa sucesor de la línea comenzada con Urbano VI (Bartolomé Prignano, arzobispo de Bari)– y al antipapa Benedicto XIII –sucesor de la línea comenzada con Clemente VII (cardenal Roberto de Ginebra)–, y nombró al cardenal de Milán Pedro de Candía, quien asumió como Alejandro V (1409-1410), y a su casi inmediata muerte le sucedió Juan XIII. Ni Gregorio ni Benedicto aceptaron la decisión del Concilio, de modo que puede decirse que la Iglesia fue por entonces tricéfala. Recién el Concilio de Constanza logrará la superación del cisma con la deposición de Juan XXIII y de Benedicto XIII, la renuncia de Gregorio XII y la elección de Martín V.

<sup>26</sup> GUADALAJARA MEDINA, *Op. cit.*, p. 463.

Hildegarda de Bingen, aun compartiendo algunos aspectos del tratamiento que acabamos de ver, tiene otro enfoque del Anticristo, que presenta en dos de sus obras: en *Scivias*, y en *El libro de las obras divinas*, aunque es en la primera de ellas que se dedica más específicamente al tema, siendo por consiguiente ésa la que abordaremos. La obra, compuesta entre los años 1141 y 1151, está dividida en tres partes cuyos temas son la Creación, la Redención y la Santificación (la obra de cada una de las Personas de la Trinidad), e incluye en total veintiséis visiones, cuya descripción y glosa, en la que se alternan como sujeto del discurso la propia abadesa y la Luz Viviente –Dios–, está acompañada por las pinturas que no son meramente decorativas sino que corresponden, e ilustran el contenido de las visiones.<sup>27</sup> El tercer libro, sobre la historia de la salvación, ofrece trece visiones: 1. El que en su trono está sentado (Dios y el hombre); 2. El Edificio de la salvación; 3. La torre de la premonición; 4. La columna de la Palabra de Dios; 5. La ira de Dios; 6. El muro de la Antigua Alianza; 7. La columna de la Trinidad; 8. La columna de la salvación; 9. La torre de la Iglesia; 10. El Hijo del Hombre; 11. Venida del impío y plenitud de los tiempos (el Anticristo); 12. Siega y vendimia de las naciones (el Juicio Final: el nuevo cielo y la nueva tierra); 13. Cánticos de júbilo y celebración (la Sinfonía de los bienaventurados).

*Scivias* 3,11, *Venida del impío y plenitud de los tiempos (el Anticristo)*, se refiere a la culminación del conflicto entre el bien y el mal, representado por el Anticristo, con la indestructibilidad de la Iglesia y la venida de Cristo. El trasfondo es el del *Apocalipsis*, y aparecen las figuras señeras del Antiguo Testamento: Elías y Eliseo. Está, en el cuadrante superior izquierdo, la referencia a cinco bestias (el perro que brilla pero no quema representa a las personas mordaces, el león amarillo son las

<sup>27</sup> Los dibujos son inusitados para su época, audaces, y con ciertas características muy definidas, como por ejemplo la división del espacio en marcos con escenas que se relación entre sí y que en ocasiones indican una continuidad en la acción; el dinamismo que trasuntan; la permanente presencia de zonas luminosas –habitualmente “fuego brillante”– y zonas oscuras –“fuego tenebroso”–; el rojo como color predominante; el uso de la forma circular para indicar la presencia de la divinidad, la actividad divina, la energía vital que anima al mundo entero, y la forma rectangular con la que se refiere a lo ordenado y estructurado.

personas agresivas, el caballo de color claro son los contumaces en el pecado, el cerdo negro son los lascivos y el lobo gris son los que engañan) que Hildegarda ve en el norte,<sup>28</sup> y que tienen su mirada dirigida hacia el occidente, donde se alza una colina con cinco picos. En el cuadrante superior derecho aparece sobre el ángulo del edificio que representa a la Iglesia (tanto terrenal cuanto celestial) el joven –Cristo– que ya se había manifestado en otra visión, vestido de púrpura, resplandeciente como la aurora, con una lira o cítara sobre sus rodillas, en actitud de bendecir; sus pies, que en la visión anterior no se veían, son más blancos que la leche. Éste es uno de los temas que revisten particular importancia para Hildegarda: los pies o bien el calzado blanco simbolizan la pureza conservada y refulgente. En la parte inferior de ambos cuadrantes está presente una mujer coronada que es figura de la Iglesia, fusionada con un torso lleno de escamas, y de sus genitales surge una monstruosa cabeza (el Anticristo) con ojos de fuego, orejas como de asno, nariz y fauces como de león. Era común representar de tal suerte al demonio, pero aquí se está figurando a la Iglesia, bien que acosada por la fornicación, la rapiña y otros vicios.<sup>29</sup> Finalmente, la cabeza se mueve y trata de alcanzar el cielo, pero en medio de gran estruendo cae de la montaña; una niebla apesadumada envuelve todo y aterroriza a la gente que clama por la misericordia de Dios. Es realmente asombrosa la forma como se ha logrado pintar el movimiento del monstruo en sus direcciones ascendente y descendente, cómo la abadesa ha podido plasmar en una pintura aparentemente fijada en su inmovilidad todo el dinamismo del acontecimiento que estaba viendo, oyendo, oliendo, sintiendo.

Entrando ya en tema vemos que Hildegarda, luego de apuntar algunos períodos históricos con sus características, describe la figura de mujer –la Iglesia–, y dice que:

<sup>28</sup> El Norte aparece profetizado por Jeremías como el lugar desde donde el Señor enviaría sobre el reino de Judá los pueblos que habían de sitiarla –Babilonia–, en castigo de su idolatría y su perversión (*Jer.* 1,14-15); en Ezequiel (38,15) encontramos también la referencia al Aquilón en términos similares.

<sup>29</sup> “Le mal naïtra des vices non corrigés de l’Eglise”. (S. GOUGUENHEIM, *La Sibylle du Rhin. Hildegarde de Bingen, abbesse et prophétesse rhénane*, Paris, Publications de la Sorbonne, 1996, p. 100).

“En ese lugar propio de la mujer apareció una monstruosa cabeza renegrida, con ojos de fuego y orejas como las orejas de un asno, y nariz y boca como de león, que con su gran boca bramaba, y se afilaba de una manera espeluznante sus dientes, que eran como de hierro y horrendos. Desde esa cabeza hasta sus rodillas la imagen era blanca y roja y estaba como golpeada con gran saña; pero desde las rodillas hasta dos franjas blancas situadas inmediatamente por encima de los talones, aparecía ensangrentada. Y he aquí que la monstruosa cabeza se separó de su lugar con un fragor tan grande que todos los miembros de la imagen de la mujer se sacudían violentamente. Pero además, una gran masa como de estiércol se unió a aquella cabeza, que elevándose sobre ella como sobre un monte, intentó ascender a lo alto de los cielos. Y de repente vino como el rayo de un trueno, golpeando con tanta fuerza a esa cabeza que cayó del monte y entregó su espíritu a la muerte. De pronto una niebla hedionda cubrió todo el monte envolviendo a esa cabeza en una inmundicia tal que las gentes que se encontraban presentes fueron presas del más grande terror; la niebla permaneció cerca del monte durante un breve tiempo. Viendo esto las personas que estaban allí, agitadas por un inmenso temor se decían: “Ay, ay, ¿qué es esto? ¿Qué os parece que ha sido esto? ¡Ah, pobres de nosotros, quién nos ayudará? ¿Quién nos salvará? Porque no sabemos cómo fuimos engañados. ¡Oh Dios todopoderoso, ten misericordia de nosotros! Retornemos, volvamos pues prontamente al testamento del *Evangelio* de Cristo, ya que ¡ay, ay, ay!, amargamente hemos sido embaucados”.<sup>30</sup>

Cabe ya señalar aquí tres puntos: el primero es que en ningún momento la abadesa de Bingen intenta poner fecha a los tiempos escatológicos (“Pero no corresponde que conozcáis lo que acontecerá entonces, ni el tiempo ni el momento, como tampoco podéis saber qué sucederá después de los siete días de una semana; sólo el Padre, Quien también ha puesto todas estas cosas en Su poder, conoció esto. Sobre los días de la semana, o sobre los tiempos de los tiempos del mundo nada más has de saber, oh hombre”),<sup>31</sup> ni identifica o asimila la figura del Anticristo a

<sup>30</sup> HILDEGARDIS, *Scivias*, Ed. Adelgundis Führkötter O. S. B. collab. Angela Carlevaris O. S. B., Turnhout, Brepols, 1978, (CCCM 43 y 43a), p. 577.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 588.

algún personaje histórico concreto; el segundo es que, como acabamos de leer, el Corruptor surge del seno mismo de la Iglesia, no es un personaje extrínseco a ella: no es un antipapa ni un emperador germano, ni los sarracenos. Estos dos puntos diferencian netamente el planteo de Hildegarda de los habituales en el siglo XIV y comienzos del XV y, más puntualmente, del texto del *Libro del conocimiento del fin del mundo*, que acabamos de trabajar. El tercer punto es que ofrece una descripción del Anticristo absolutamente inusual en su tiempo –descripción de la que están ausentes el Dragón y la Bestia de *Apoc.* 12-13, frecuente recurso de su época–, y tal vez en toda la Edad Media. Y en ella nos detendremos.

Hijo de la perdición, hijo de la iniquidad, hijo del diablo, el maldito de la maldición, la maldición de las maldiciones, malvado engañador, el destructor, el corruptor... son algunos de los nombres con que lo designa. Si bien lo presenta como un ser furioso y aterrador, malicioso y mordaz (características significadas por la descripción de esa cabeza), dice que primero intentará seducir a los hombres con dulzura y suavemente, para luego doblegarlos con su crueldad. Procurará ganar confianza y fuerza con la predicación de su doctrina –en todo opuesta al *Evangelio* de Jesucristo–, precisamente porque, como dice Hildegarda, “ahora la fe católica vacila en los pueblos y el *Evangelio* declina en los hombres; los escritos sustanciosos y seguros que eximios sabios habían escudriñado y estudiado con gran diligencia se diluyen por un vergonzoso fastidio e infame aversión, y el alimento de vida de las *Sagradas Escrituras* ya se ha entibiado”.<sup>32</sup>

En cuanto a la madre de este Hijo de la Perdición, su concepción y su educación –aspectos que tienen que ver con la realidad concreta del Anticristo– la abadesa escribe:

“Pues cuando llegue aquel tiempo en que aparecerá de una manera horrenda este malvado Engañador, la madre que arrojará al mundo a este impostor, desde su infancia y en su niñez ha sido criada llena de

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 586.

vicios por las artes diabólicas, en el desierto de la abyección y entre los hombres más execrables; sus padres no saben que está allí, y tampoco la conocen aquellos con quienes vive, porque el diablo la persuade para ir hacia aquel lugar y allí la prepara según su voluntad, engañándola como si él fuera un ángel santo. Por eso ella se separa de los hombres, para poder ocultarse con mayor facilidad. Por lo que también a escondidas se mezcla con algunos hombres, aunque con pocos, en el malvado latrocinio de la fornicación; y se mancha deshonrándose con ellos con tan vergonzoso e infame deseo como si un ángel santo le hubiera ordenado que fervorosamente llevara a cabo aquella depravación. Y así, en el ardor tan ferviente de aquella fornicación concibe al Hijo de la Perdición, sin saber de cuál de los hombres es la semilla con que lo ha concebido.

Pero Lucifer, o sea la antigua serpiente, encantado con esta infamia, gracias sus artimañas y por Mi justa decisión sopla sobre este embrión y en el vientre de su madre toma posesión de él con todas sus fuerzas; así el Destructor sale del vientre de su madre lleno del espíritu diabólico. Luego ella abandona su costumbre de fornicar y abiertamente dice al pueblo necio e insensato que no tiene esposo ni conoce al padre de su hijo. Dice que la fornicación que cometió es santa, por lo que también el pueblo piensa que es santa, y la llama santa.

Así el Hijo de la Perdición es alimentado por las artes diabólicas hasta la edad adulta, ocultándose siempre de la gente que lo conoce”.<sup>33</sup>

Cabe señalar, como elementos de similitud y desemejanza con Cristo (recordemos que estamos refiriéndonos al Anti-Cristo): la presencia del ángel-Lucifer, quien hace creer a la madre del Anticristo que su vida y la preparación para su obra, y la obra misma es algo santo (contrapartida del arcángel Gabriel, *Luc.* 1,26-38); la fornicación de la madre por oposición a la virginidad de María; la ignorancia acerca de qué hombre sea el padre de su hijo, en tanto María sabe que no es de hombre la paternidad de Jesús; Lucifer sopla sobre el fruto de esa concepción en el vientre de su madre,<sup>34</sup> poseyéndolo por apropiación, aunque no fue él

<sup>33</sup> *Ibidem*, pp. 589-590.

<sup>34</sup> En *Las causas y los remedios de las enfermedades*, una obra científica de Hildegarda, leemos: “Porque como Dios quiere y como dispuso que aconteciera, viene el soplo de vida y,

quien lo engendró, en tanto el Espíritu Santo, previo el libre consentimiento de María, engendra en ella virginalmente al Hijo de Dios,<sup>35</sup> que lo es con propiedad, como propiamente es también hombre; la madre del Anticristo presenta su fornicación como santa, alegando carencia de esposo e ignorancia de un varón determinado, en contraposición con María, cuya virginidad y virginal generación quedan veladas ante el mundo por la presencia de su esposo José, tenido por padre de Su niño (*Mat.* 13,55); finalmente ambas, la madre del Anticristo y la madre de Jesús, serán llamadas santas, aunque bien sabemos que una lo será en vida y por las apariencias, en tanto la otra lo será después de muerta, y por la verdad de la proclamación de su vida.

El texto continúa afirmando que el Hijo del diablo será alimentado y enseñado por las artes diabólicas, y recordemos que el Divino Niño crecía en estatura, en sabiduría y en gracia ante Dios y ante los hombres (*Luc.* 2,52); ante éstos presenta su madre al Anticristo, “tanto a la gente que tributa culto a Dios cuanto a quienes no lo hacen, logrando así que sea conocido y amado por ellos”, los que en tiempo de Cristo eran los judíos y los paganos. “Cuando llegue a su madurez enseñará abiertamente una doctrina perniciosa, oponiéndose de tal manera a Mí y a Mis elegidos y cobrando tanta fuerza, que con su gran poder tratará de

---

sin que la madre lo sepa, toca aquella figura [el embrión] como un viento cálido y vehemente –como un viento que sopla sonoro contra una pared– y penetra y se proyecta en todas sus articulaciones. Entonces todas las partes de los miembros de la figura se separan suavemente, tal como las flores se abren al calor del sol. Pero hasta aquí este ser es tan débil que no puede moverse, sino que yace como dormido y respira pausadamente. El espíritu atraviesa toda la figura, llenándola y fortaleciéndola en la médula y en las venas, de manera tal que ahora crece más que antes, hasta que los huesos recubren la médula y las venas se hacen tan fuertes que pueden retener la sangre. Y entonces el niño se mueve, como repentinamente estimulado, y de ahí en más continúa moviéndose, y la madre puede sentirlo. Pues, según se ha dicho, el viento vivo, que es el alma, por voluntad del Dios omnipotente entra en esta figura, la fortalece y le da la vida, y circula en ella por todas partes [...]”. (HILDEGARDIS, *Causae et curae*. Ed. Paul Kaiser, Leipzig, Teubner Verlag, 1903, p. 61, línea 26-p. 62, línea 7).

<sup>35</sup> Dice Hugo de San Víctor: “Por consiguiente, concibió María del Espíritu Santo, no porque recibiera de la sustancia del Espíritu Santo la semilla del fruto, sino porque en virtud del amor y la obra del Espíritu Santo la naturaleza suministró la sustancia para el divino fruto a partir de la carne de la Virgen. Porque en su corazón ardía de manera singular el amor del Espíritu Santo, por eso en su carne el poder del Espíritu Santo obraba maravillas”. (HUGO DE SANCTO VICTORE, *De virginitate B. Mariae*, PL 176, 0872A-B).

elevarse por encima de las nubes”,<sup>36</sup> dice la Luz Divina en su revelación a Hildegarda, doctrina perniciosa que se contrapone al mensaje de la salvación. Y continúa precisando:

“Pues Yo, en Mi justo juicio, le permito ejercer su voluntad en diversas creaturas, porque así como el diablo en un comienzo dijo: “Yo me asemejaré al Altísimo” (*Is.* 14,14) y cayó, así también permito que el mismo diablo caiga en el último tiempo, cuando él mismo, por boca de este su hijo, diga: “Yo soy el salvador del mundo”. Y así como cada generación de fieles conoció que Lucifer fue un mentiroso cuando en el inicio de los días quiso ser semejante a Dios, así también todo hombre fiel verá que este Hijo de la Iniquidad es mentiroso, cuando en el último día quiera hacerse semejante a Dios”.<sup>37</sup>

En cuanto al poder del Anticristo, la descripción de la abadesa de Bingen es pormenorizada y terrible:

“Él mismo es la peor de las bestias: mata a los hombres que lo niegan y se une a reyes, duques, príncipes y pudientes despreciando y socavando a la humildad y elevando a la soberbia, y somete a sí toda la tierra con su arte diabólica. Pues su poder avanza y se extiende como hasta la boca del viento, de manera tal que parece agitar el aire y hacer salir del cielo fuego y relámpagos, producir truenos y granizo, desencajar los montes, secar las aguas, quitar a los bosques su fecundo vigor y devolverles nuevamente su savia. Muestra tales ilusiones en diversas creaturas: en sus jugos vitales, en su lozana fecundidad, y en la sequedad. Pero tampoco en los hombres deja de realizar sus engaños. ¿Cómo? A los sanos envía enfermedad y a los enfermos, salud; expulsa a los demonios y a veces resucita a los muertos. ¿Cómo? Cuando en alguna ocasión alguien cuya alma se encuentra en poder del diablo ha abandonado la vida, por Mi permisión el Anticristo manifiesta sus alucinantes engaños en cuanto a ese cadáver, haciéndolo moverse como si viviera; pero sólo por un brevísimo lapso de tiempo –y no por largo tiempo– le está permitido

<sup>36</sup> HILDEGARDIS, *Scivias*, p. 590.

<sup>37</sup> *Ibidem*, pp. 590-591.

hacerlo, para que con esta presunción la gloria de Dios no resulte escarnecida.<sup>38</sup>

Viendo esto algunos confían en él; mas otros quieren conservar su primera fe pero también tenerlo propicio; a éstos, porque no quiere dañarlos con demasiada dureza, les envía algunas enfermedades. Ellos buscan la medicina de los médicos pero no encuentran la salud; se vuelven entonces hacia él, para ver si puede curarlos. Al verlos, les quita la enfermedad que él mismo les había provocado, por lo que ellos, amándolo con gran amor, creen en él”.<sup>39</sup>

Es evidente la referencia a los milagros de Cristo, tanto a los cumplidos por Él –la sanación de los enfermos, la expulsión de los demonios, la resurrección de los muertos, el dominio de la naturaleza (calmar la tempestad, secar la higuera, multiplicar los panes y los peces)–, cuanto a los que dice que podrán realizar sus seguidores, en tanto tengan fe: curar enfermos, resucitar muertos, secar árboles, trasladar montañas... El Anticristo procura emularlos, pero muy claramente queda asentado que tanto en el uso del poder que detenta, cuanto en lo que es una engañosa apariencia, ello tan sólo acontece por permisión divina.

Acerca de la doctrina que predica,

“conquista para sí a mucha gente, diciéndoles que realicen libremente sus deseos, que no se mortifiquen demasiado con vigiliass o con ayunos, proponiéndoles que amen solamente a su dios –cosa que él simula ser– hasta que liberados así del infierno lleguen a la vida. Por eso, de esta manera engañados dicen: ‘¡Oh desdichados de aquéllos que vivieron antes de estos tiempos, porque afligieron su vida con duros tormen-

<sup>38</sup> Es muy notoria en este tema del poder del Anticristo y de sus obras la influencia de Adso de Montier y su *Libellus de Antichristo*: “Hará también muchos signos y milagros, grandes e inauditos. Hará descender en medio de gran terror fuego del cielo, en un instante florecer los árboles y secarse, agitarse súbitamente el mar y así serenarse. Mudará en otras las apariencias naturales, cambiará el curso de las aguas y su disposición, agitará el aire con vientos y gran conmoción y otros muchísimos signos sorprendentes, como resucitar a quienes a los ojos de los hombres están muertos, para inducir a error incluso a los elegidos, si fuera posible”. (ADSO DE MONTIER, *Op. cit.*, PL 101,1294D).

<sup>39</sup> HILDEGARDIS, *Scivias*, pp. 591-592.

tos, ignorando la compasión de nuestro dios!’ Pues él, confirmando su doctrina con falsas señales, les muestra tesoros y riquezas y les permite enriquecerse según sus deseos, de manera tal que ellos piensan que de ningún modo les conviene mortificar sus cuerpos y castigarlos. Sin embargo, les manda observar la circuncisión y el judaísmo, según las costumbres de los judíos, haciendo más leves –de acuerdo con la voluntad de ellos– los preceptos más duros de la Ley, que el *Evangelio* convierte en gracia en virtud de la digna penitencia. Y dice: ‘Yo borraré los pecados de quien se convierta a mí, y vivirá conmigo eternamente’. También rechaza el Bautismo y el *Evangelio* de Mi Hijo, y se burla de todos los preceptos confiados a la Iglesia. Y nuevamente, con diabólica irrisión, dice a quienes le sirven: ‘Ved quién y cuán insensato ha sido el que a través de sus mentiras estableció esta observancia para la gente sencilla’.<sup>40</sup>

Con una muy perversa manipulación del ser humano y del desorden de sus apetencias –secuela del pecado original–, el Anticristo propone a quienes lo escuchan una forma de vida que se ubica en las antípodas de la doctrina de Cristo y de Su Iglesia: ahora será posible servir a Dios y a Mamón (el dinero, *Mat.* 6,24), transitar por el camino ancho desechando el estrecho (*Mat.* 7,13-14), vivir la condescendencia de un engañoso amor que abandona al hombre a sí mismo y a ¿sus propias fuerzas?, en lugar del amor exigente que lo urge a realizarse como lo que verdaderamente es. En *El libro de las obras divinas* 3,5,30 aparece muy clara la seductora argumentación del Hijo de la Perdición sobre el tema:

“En realidad el Anticristo, poseído por el diablo, cuando abra su boca para su perversa enseñanza destruirá todo lo que Dios había establecido en la Ley Antigua y en la Nueva, y afirmará que el incesto, la fornicación, el adulterio y otros tales no son pecado.

Dirá en efecto que no es pecado si la carne calienta a la carne, como tampoco lo es si el hombre se calienta gracias al fuego. Afirmará también que todos los preceptos referidos a la castidad fueron dados por ignorancia, porque cuando un hombre es cálido y otro es frío, conviene

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 594.

que recíprocamente se regulen en cuanto al calor y al frío. Y dirá una y otra vez a sus fieles: ‘Vuestra ley sobre la continencia es contraria a la naturaleza,<sup>41</sup> porque dispone que el hombre, en cuya respiración y aliento hay un fuego que enciende y calienta todo su cuerpo, no debe ser cálido. ¿Cómo podría ser frío contra su propia naturaleza? ¿Y por qué razón omitiría calentar la carne de otro? Aquel hombre que decís que es vuestro maestro os dio una ley que está muy por encima de vosotros, porque os ordenó vivir de esa manera. Pero yo os digo: Vivid en estas dos modalidades vuestras, de calor y de frío, y calentaos recíprocamente, y reconoced que ese hombre os dio preceptos injustos, porque aunque ordenara que los hombres no se dieran mutuamente calor, ellos sin embargo cultivaron su naturaleza según la carne.<sup>42</sup> Ved por consiguiente que no seáis seducidos por una doctrina tan injusta,

<sup>41</sup> El trasfondo de esta argumentación supone la doctrina física de la constitución del cuerpo humano por los cuatro elementos (fuego, aire, agua y tierra) y sus correspondientes humores. Así lo expresa Hildegarda en *Las causas y los remedios de las enfermedades*: “Porque el hombre, creado, consta de cuatro elementos, de los cuales dos son espirituales y dos carnales: el fuego y el aire son espirituales, el agua y la tierra carnales. Estos cuatro elementos en el hombre se unen en uno solo y lo cuecen, para formarlo de sangre y de carne con todas sus añadiduras. Pero el fuego y el agua son entre sí contrarios y no pueden cohabitar en uno, por lo que conviene que cada uno de ellos sea regido por un guía. Así el agua se opone al fuego para que, en su ardor, no se extienda más allá de lo conveniente; y el fuego contiene al agua para que no fluya más allá de lo debido sobre el calor de la sequedad. Y estas dos fuerzas del fuego y del agua moderan toda la tierra con el aire de las nubes, a fin de que subsistan y no perezcan. Así también sucede en la sangre del hombre, que enrojece por el calor del fuego y es acuosa a causa del agua; porque si la sangre con su calor no fuese acuosa, jamás podría fluir, sino que se secaría y caería como una escama. También la tierra, si no fuese acuosa, se esparciría como paja y no se salvaría la integridad de creatura alguna. Por lo que toda otra creatura depende de estas dos fuerzas, y sin éstas no tendría lugar forma alguna; y si estas dos no estuvieran así unidas en una sola, las restantes formas no subsistirían. Pues de tal manera Dios creó al hombre con el barro [hecho] de la tierra, que con el soplo del alma toma consistencia en la tierra acuosa, ígnea y aérea, y así el alma mueve al hombre con los cuatro elementos, porque la figura formada por el dedo de Dios toma su consistencia de la tierra y está mezclada con el agua, se mueve por el aire y es cocida por el fuego”. (HILDEGARDIS, *Causae et curae*, p. 64, líneas 2-28).

<sup>42</sup> El razonamiento del Anticristo se funda en la consideración del hombre sólo como naturaleza, y naturaleza carnal, obediente en forma casi ciega y fatalista a sus leyes. Hay silencio en torno a su espiritualidad y por consiguiente a su ser persona, dotada de una libertad que trasciende el determinismo físico y que posibilita el señorío sobre sí misma. Y hay aún más silencio, un silencio que paradójicamente clama, sobre su realidad de creatura, que debe libremente obedecer a su ley natural, la ley de su creación, esto es, la voluntad amorosa de su Creador.

porque en mí está el saber qué podéis hacer y qué no. Vuestro maestro no os ofreció enseñanzas rectas, queriendo que fueseis como espíritus que no están revestidos de carne y que no realizan obras; la carne de los hombres –penetrada y formada por el fuego– no ha sido creada de esa forma, porque si los hijos de los hombres no hubieran sido hechos de esta manera, no tendrían la capacidad de llevar a cabo sus obras”.<sup>43</sup>

Ahora Cristo, Su Evangelio y Su Iglesia son una mentira necia y cruel, que en tanto mentira debe ser ignorada; por consiguiente ha de volverse al judaísmo y su Ley, bien que suavizada, ignorando aquello de “No he venido a abolir la Ley y los profetas, sino a darles cumplimiento” (*Mat. 5,17*), un cumplimiento que por la presencia del Espíritu da frutos de vida, y no obras muertas.

En la culminación de su parodia del Hijo de Dios, el Hijo de la Perdicción anuncia:

“Pero yo quiero morir por vosotros y para vuestra gloria, y resucitar de la muerte, y así liberaré a mi pueblo del infierno, para que viváis gloriosamente conmigo en mi reino, lo que aquel mentiroso había simulado hacer anteriormente.<sup>44</sup> [...] Con sus mentirosas artes fingirá exhalar el último aliento en una herida mortal y así morir, sucumbiendo no en su cuerpo sino en una engañosa sombra, como golpeado y dado por muerto. Por eso, tenido por muerto por el engaño de sus falsas heridas, simulará revivir casi como desde el sueño de la muerte, y así todos los hombres de la tierra experimentarán un extraño y escalofriante estupor ante la monstruosidad de este maldito, como también el pueblo miró sorprendido el tamaño y la fuerza de Goliat cuando lo vio pararse frente a ellos, armado para la guerra”.<sup>45</sup>

Esta simulación de muerte, que el Anticristo atribuye a Cristo, es una de las fábulas que los anti-cristianos hicieron circular, a la manera

<sup>43</sup> HILDEGARDIS BINGENSIS, *Liber Divinorum Operum*. Cura et studio Albert De-  
rolez et Peter Dronke. In: *CCCM*. Vol. 92, Turnhout, Brepols, 1996, pp. 451-452.

<sup>44</sup> HILDEGARDIS, *Scivias*, p. 594.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 595.

como los judíos dijeron que los discípulos habían robado el cadáver de Jesús para luego darlo por resucitado (*Mat.* 28,11-15). Pero la engañosa simulación es la que lleva a cabo el Maldito, de quien aquí tenemos, en la pluma de Hildegarda, una caracterización física: es de gran estatura y poderosa fuerza, como lo fue el gigantesco Goliat,<sup>46</sup> a quien entonces se enfrentó el pastor David (*I Rey.* 17), y ahora lo hará el Buen Pastor, el Hijo de David. Después de esa pseudo-resurrección el Anticristo, según leemos en *El libro de las obras divinas* 3,5,32, “hará escribir sobre la frente de sus seguidores cierto escrito<sup>47</sup> mediante el cual penetrará en ellos todo mal, como también la antigua serpiente, que engañó al hombre y después se apoderó de él, lo invadió y lo abrasó con el desorden de su sensualidad. Y por esa misma escritura, contraria al bautismo y al nombre de cristiano, y con su magia se introducirá en ellos de manera tal que no querrán apartarse de él y serán todos llamados por su nombre, como los cristianos lo son por Cristo”.<sup>48</sup> El texto es explícito en cuanto a la deliberada contraposición de ambos signos –el signo de la Cruz y la marca de la Bestia– que imprimen carácter al hombre, y el nombre que a partir de allí recibe y que denota su pertenencia.

Pero aún falta más. Porque después de la resurrección de Cristo vino Su gloriosa ascensión a los cielos, y en ello también querrá remedarlo el Anticristo. Por eso continúa la explicación de la visión, danto a conocer los últimos esfuerzos del Hijo de la Perdición: para dominar y someter a los hombres por una parte, y para superar al Hijo de Dios por otra, en este caso, en su ascenso a las alturas celestiales:

“Pero lo que ves, *que la monstruosa cabeza se separa de su lugar con un fragor tan grande que todos los miembros de la imagen de la mujer se sacuden violentamente*: esto significa que cuando el Hijo de la Perdición, cabeza de la iniquidad, con la gran arrogancia de la soberbia se

<sup>46</sup> Recordemos que *Libro del conocimiento del fin del mundo* le atribuye también esas características físicas, y lo compara con Alejandro Magno, el conquistador del mundo por entonces conocido.

<sup>47</sup> Se refiere a la marca o el número de la Bestia (*Apoc.* 13, 16-17).

<sup>48</sup> HILDEGARDIS BINGENSIS, *Liber Divinorum Operum*, p. 454.

eleva como desde el mezuino extravío de la perversidad ínsita en él, haciendo suyo un delirio mayor, o sea queriendo exaltarse sobre todas las cosas; cuando sus engaños han de llegar a su fin, toda la Iglesia con todos sus hijos, tanto los más grandes cuanto los más pequeños, son presa de un inmenso temor, a la expectativa de la furiosa locura de su presunción. Pero además, una gran masa como de estiércol se une a aquella cabeza, desde donde la cabeza, elevándose sobre un monte, intenta ascender a lo alto de los cielos: porque las más poderosas artes de las insidias diabólicas, produciendo una gran cantidad de inmundicias, ayudan al Hijo de la Iniquidad y le procuran las alas de la soberbia, y lo elevan a una tal audacia y presunción que cree que también puede penetrar los secretos celestiales. ¿Cómo? Pues cuando haya llevado a cabo por completo la voluntad del diablo, de manera tal que por el justo juicio de Dios ya no le sea permitido tener por más tiempo un poder de tanta iniquidad y de tanta crueldad, reunirá a toda su corte y dirá a quienes creen en él que quiere ir a los cielos. Pero así como el diablo no conoció que el Hijo de Dios había nacido para la redención de las almas, así también este malvado, envolviéndose en el mortífero mal de todos los males, ignora que el poderosísimo golpe de la mano de Dios viene sobre él”.<sup>49</sup>

Dos notas hay en este texto que marcan claramente la filiación de este Hijo de la Iniquidad: su necia presunción, también calificada como delirante soberbia, y su ignorancia. En su arrogancia, el demonio quiso ser como Dios, su hijo quiere actuar como el Hijo de Dios; Lucifer dijo: “Ascenderé al cielo, elevaré mi trono por encima de los astros de Dios; me sentaré en el monte de la Alianza, en la ladera norte; subiré más allá de las nubes, seré semejante al Altísimo” (*Is.* 14,13-14): el Anticristo “dirá a quienes creen en él que quiere ir a los cielos”.<sup>50</sup> En cuanto a la ignorancia del diablo, en el momento de la Crucifixión y Muerte del Cordero inocente, por vez primera el demonio pudo conocer quién era aquel

<sup>49</sup> HILDEGARDIS, *Scivias*, p. 598.

<sup>50</sup> Hay aquí una nota absolutamente original de Hildegarda, puesto que el monte desde el cual el Anticristo pretenderá ascender ha sido tradicionalmente tenido como el Monte de los Olivos –según proféticamente parece desprenderse de *Dan.* 11,45–, asumiendo que es desde dicho monte que tuvo lugar la ascensión de Jesús.

Cordero. Porque el demonio no podía tener conocimiento de la Encarnación del Hijo de Dios en María Virgen, siendo como era un misterio de amor: el blanco y humilde Cordero en medio de los pastores, el Pan celestial nacido en Belén, la ciudad del pan. Pero sí conoció al Verbo de Dios crucificado en medio de ladrones, en las afueras de Jerusalén, la ciudad que mata a los profetas (*Mat. 23,37*): porque en lo que desde lo puramente humano y natural fue un misterio de iniquidad, se cumplió la justicia redentora del hombre. La soberbia del demonio que quiso ser Dios no pudo vencer a la humildad de Dios que quiso ser hombre, como tampoco la muerte injusta<sup>51</sup> pudo vencer a la vida justificada.<sup>52</sup> La ignorancia del Anticristo es, también, el voluntario desconocimiento de la Justicia y el Poder de Dios, que se abatirán sobre él, como lo dice el texto de la visión:

*“Y de repente viene como el rayo de un trueno, golpeando con tanta fuerza a esa cabeza que cae del monte y entrega su espíritu a la muerte: porque el poder de Dios, manifestándose al Hijo de la Perdición, lo abate con la fuerza de Su celo, tan grande que desde aquella soberbia por la que se había erigido contra Dios cae en el profundo precipicio de su presunción, y así aniquilado vomita el soplo de su vida hacia la muerte de la condenación eterna”.*<sup>53</sup>

En *Scivias* 1,4 dice Hildegarda: “El primer ángel despreció el bien y codició el mal, y por ese deseo suyo lo recibió en la muerte de la perdición eterna, y en la muerte fue sepultado porque desechó el bien”.<sup>54</sup> El Hijo de la Maldición tiene también su parte en esa herencia de muerte y, al igual que su padre, no logra enteramente su perverso designio: arrastrar consigo a toda la Humanidad, porque:

<sup>51</sup> La muerte es aquí injusta a doble título: porque es castigo de la injusticia del hombre, ya que por el pecado del hombre entró la muerte en el mundo (*Rom. 5,12*), y porque fue injusta su ejecución en Cristo, víctima inocente condenada en proceso inicuo.

<sup>52</sup> La vida justificada es la que Cristo obtiene con Su muerte para todo hombre, y es vida eterna que vence a la muerte temporal.

<sup>53</sup> HILDEGARDIS, *Scivias*, p. 599.

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 86.

*“De pronto una niebla hedionda cubre todo el monte envolviendo a esa cabeza en una inmundicia tal que las gentes que se encuentran presentes son presas del más grande terror: porque un hedor extremadamente asqueroso e infernal llenará todo el lugar de la exaltación del Hijo de la Iniquidad, en el que aquel depravado criminal hervía en medio de tanta inmundicia que por el justo juicio de Dios no habrá en adelante memoria ni de su inicio ni de su fin: pues aquellos pueblos, viendo su cadáver postrado en tierra, sin voz e invadido por la putrefacción, conocerán que habían sido engañados. La niebla permanece cerca del monte durante un breve tiempo: ya que aquel hedor que envuelve la diabólica exaltación la muestra asquerosa, para que los hombres que han sido seducidos por él se aparten de su error y retornen a la Verdad al ver aquella pestilencia e inmundicia. Viendo esto, las personas que están allí son agitadas por un inmenso temor: un tremendo horror asalta a quienes ven estas cosas, de manera tal que profieren lúgubres clamores y dolorosos lamentos, y dicen que muy penosamente se apartaron de la verdad”.*<sup>55</sup>

Y así, con el fracaso de su propósito personal y de su misión, finaliza la visión del Anticristo, en la mirada de la abadesa de Bingen.

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 599.